

Trigésimo Segundo Domingo del TO B2024

Permítanme contarles la historia de dos viudas. Había una vez dos viudas que vivían en diferentes épocas y en diferentes ciudades. Una era de Sarepta, una pueblada llamada hoy "Sarafand" en el sur del distrito de Sidón en el Líbano y la otra era de Jerusalén en Israel.

Aunque diferentes, estas dos viudas tenían algo en común: eran generosas y tenían el corazón entregado a Dios. Cada una dio de todo corazón todo lo que tenía, no como lo hace la gente, de lo que les sobra. La primera había atraído la atención del profeta Elías, la segunda la alabanza de nuestro Señor.

Hablemos de la primera viuda. En tiempo de sequía y hambruna en el país, Elías, cansado y hambriento de un viaje, le pidió a la primera persona que encontró en Sarepta algo de beber y comer. Resultó ser una viuda pobre que le dijo que no tenía casi nada, que ella y su hijo estaban a punto de comer lo poco que tenían, y luego de comer, esperar la muerte porque no había más. Como Elías sabía un poco más que la viuda, le dijo: "No tengas miedo". Ten paz, Dios proveerá. Animada por las palabras del profeta y su confianza en Dios, ella cocinó un pan y se lo ofreció a comer. Una vez hecho, se sorprendió al comprobar que ni su cántaro de harina ni su jarro de aceite se vaciaron.

¿Cuál es el sentido de este relato? El sentido es que cualquier don que se le haga a Dios, por pequeño que sea, puede convertirse para nosotros en fuente de bendición. En otras palabras, cuando damos a Dios con todo nuestro corazón, a pesar de nuestras dificultades y penalidades, Él es capaz de bendecirnos más allá de lo esperado. Por lo tanto, lo que cuenta ante Dios no es la cantidad de lo que ofrecemos, sino la calidad del corazón que da. Esto se evidencia en el texto: lo que dio la viuda pobre era poco, pero era precioso a los ojos de Dios. El pedazo de pan que le dio a Elías representa una entrega generosa de sí misma a Dios. Por eso tenemos que aprender a hacer de nuestro don a Dios una auténtica entrega de nosotros mismos.

Ahora hablemos de la segunda viuda. En el Evangelio de hoy nuestro Señor alaba a la viuda que, a diferencia de los ricos, dio sólo dos pequeñas monedas en el tesoro del templo. Mientras muchos ricos dieron mucho dinero en el tesoro del templo, ella dio sólo unos pocos centavos. Pero, para nuestro Señor, esa ofrenda fue más de lo que todos los contribuyentes habían dado ese día. Mientras que los demás habían dado de sus riquezas sobrantes, ella dio desde la pobreza, todo su sustento.

Por supuesto, nuestro Señor no dice que las ofrendas de los otros contribuyentes fueron insignificantes. Si esto es el caso, entonces, ¿dónde está el problema? El problema es todo acerca del corazón que da. Por eso el Evangelio contrasta la actitud de los escribas que están llenos de sí mismos y se aprovechan de su situación con la de la viuda pobre que es humilde y cuenta sólo con Dios.

Para nuestro Señor la pequeña contribución de la viuda fue más importante que la de los demás. Mientras que los demás habían dado lo que podían dar con bastante facilidad y todavía les quedaba de sobra, ella dio todo lo que tenía.

En esta perspectiva, lo que más importa no es la cantidad o el tamaño del regalo que damos, sino más bien el corazón generoso y el sacrificio aceptado al hacerlo. Es como lo que hacen los padres por sus hijos. Les dan todo con generosidad hasta que les duele. El sacrificio aceptado al hacerlo se convierte en una alegría indescriptible de entrega de sí mismo.

La viuda del Evangelio habría dado una moneda y guardado otra, probablemente para el día siguiente. Y, sin embargo, dio todo lo que tenía sin vacilaciones ni reservas. Hay aquí una verdad simbólica, a saber, que tenemos que entregarnos completamente a Dios. Cuando actuamos de esta manera, Dios nos bendice a su vez con muchos regalos en nuestra vida.

Incluso cuando no tenemos mucho que dar, siempre tenemos que recordar que nuestro pequeño regalo vale la pena ante Dios. Lo que ponemos a disposición de Dios, por pequeño que sea, puede convertirse en una fortuna a sus ojos y para gloria de su nombre. En el dar no hay vergüenza, siempre que se haga de corazón. ¿Cómo rechazaría Dios un regalo hecho con todo el corazón?

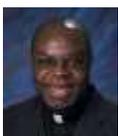
Esto me lleva al verdadero significado de nuestro dar ante Dios. El verdadero dar debe ser sacrificial. Lo que importa no es la cantidad del regalo ni su tamaño, sino el sacrificio que se acepta al hacerlo. Damos todo lo que podemos con generosidad y alegría hasta que duela.

El verdadero dar tiene un sentido de ingenuidad. La mujer habría dado una moneda y se habría quedado con otra, probablemente para mañana. Y, sin embargo, lo dio todo. La verdad simbólica aquí es que tenemos que entregarnos completamente a Dios. Muy a menudo no le damos una parte de nuestra vida, de nuestras actividades y de nosotros mismos. Al actuar de esta manera, perdemos la bendición de Dios que habríamos recibido si le hubiéramos dado todo.

El verdadero dar es nuestro propio ser. Es curioso que Nuestro Señor elogie a una mujer que ha dado un regalo de tan poco valor monetario. El objetivo es decirnos que, aunque tal vez sintamos que no tenemos mucho en términos materiales o personales para dar a Dios, tenemos que recordar, sin embargo, que cuando ponemos a su disposición lo que tenemos y lo que somos, él puede convertirlo en un gran regalo para gloria de su nombre.

Nuestro Señor mismo nos da un fuerte ejemplo de entrega hasta el punto de morir en la cruz por nuestra salvación. Por eso, la carta a los Hebreos lo saluda como nuestro Sumo Sacerdote que ha entrado en el santuario de Dios con su propia sangre para nuestra salvación. Él quita nuestros pecados y vendrá de nuevo para traer la salvación a quienes lo esperamos con ansias. Le pedimos que nos ayude a ser generosos con nuestro tesoro, nuestro tiempo y nuestros talentos. Le pedimos que nos ayude a dar todo lo que podamos para gloria de su nombre. ¡Que Dios los bendiga a todos!

1 Reyes 17: 10-16; Hebreos 9: 24-28; Marcos 12: 38-44



Fecha de la Homilía: el 10 de Noviembre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20241110homilia.pdf